

## Pequeña antología de Eladio Cabañero

### La carta

*(A ti, allá en nuestro pueblo)*

Por el aire los pájaros tan sólo  
van,  
por el día las nubes siguen  
remando cielo, lentas, como brazos abriéndose,  
pero una carta vive en las cenizas  
y en el escombros liso de los ojos.

Pienso en papeles blancos, dóciles,  
busco claras palabras que decirte  
en los oídos  
ahora que un viento breve se enredará en tus manos,  
manos que se reposan en las cosas  
que tocas como el golpe de la nieve,  
los manejables nombres:  
carta de amor, manzana,  
vaso de agua cerca de los labios, cosas  
que amas y bendices  
sus más felices formas allá lejos.

Llega un cometa tuyo y familiar  
mientras escribo,  
reluce rápido, toca mis rodillas  
y tiemblo  
como un parque al cumplir un nuevo otoño.  
Mientras escribo ensancho la memoria,  
me voy allá hasta el pueblo por el campo  
con casas pequeñísimas y barbechos en fondo,  
con arados allá a vista de pájaro,  
—arados escribiendo a Dios derecho—  
me entro por las viñas vareadas,

por patios blancos, limpios,  
cubiertos con la parra y las bardillas,  
entre mujeres, niños y gallinas,  
carreteras que están quietas y llegan,  
nubes que se despintan, sol que muere  
igual que las bombillas de los pobres.

«Estoy aquí en Madrid con el otoño  
y hasta que estén los ciervos de regreso  
te espero;  
no me atrevo a abrir puertas,  
por si estás más hermosa temo verte.  
¿Estás allí contándote milagros,  
creyendo ver o viendo a Dios de súbito?  
¿Sigues rezando  
porque se estén las piedras quietas,  
por la metralla nula y los cohetes  
de las ferias pacíficas del pueblo,  
pidiendo pan,  
dando tu Padrenuestro a cada pobre  
que aprendió a ser ateo y pasar hambre?  
Tú estarás siempre por la luz del pueblo  
mirando hacia el destino alto del humo,  
al lento repetirse del aire en los tejados.  
Yo estoy aquí sin ruido y sin quejarme,  
sin este hermoso octubre en tus aceras  
ni el horizonte aquel o de un analfabeto;  
aquí estoy  
viendo el viento que arrastra los papeles  
humildes por las calles,  
a punto de estar solo para siempre.»

Bendito sea el camino  
por donde van los pájaros tan sólo,  
alabada seas tú  
porque sabes vivir a pecho abierto,  
porque sabes estar con las espigas  
con lo difícil que es mirar el trigo.

Alabada seas siempre,  
lucientemente hermosa,  
andando por tu casa de tareas  
cantando con las manos ocupadas,  
que bien estás soñándote  
primera predilecta de la Virgen,  
puesta en medio de muchos resplandores.

Qué hueco más profundo es la esperanza,  
qué cubicado modo de quererte  
estar aquí pensando:  
«tengo que reunir unas palabras  
para escribir lo poco que le escribo».  
Termino ya, mi amiga, temo hablarte  
de tantas cosas tuyas;  
desde aquí  
siento cómo el cartero del silencio  
deja un ídolo humilde entre tus manos  
hecho de la madera de algún chopo.

## **En soledad**

El que alcanzó el amor luchando, y luego  
el viento hizo con todo una cometa  
que escapó al invisible, no al olvido,  
a solas mira en sentimiento y dice:  
«Los dueños de la nada viven solos.»  
Cercado por la duda,  
amo de sus respuestas, de repente  
un día quiere oír, a alguien pregunta:  
«¿Estás conmigo de verdad?»,  
equivocadamente insiste: «¿Me oyes?»  
¿Quién no sueña sus actos?

Pero ahora está seguro, no se engaña:  
El amor más perfecto vive a solas.

Soledad doloridamente hermosa...  
Capataz de estos campos de mi vida  
—siempre en la casa tú para esperarme—  
pensar en ti, Marisa, aquí a mis solas,  
es el amor más sabio y más ferviente.  
Era todo distinto en compañía,  
a veces sin amor, tú bien lo sabes.

Hoy ya no se me oculta:  
invitado de honor de los recuerdos,  
ahora sufro la pena de elevarme  
cerca ya de los techos del olvido,  
muriéndome en silencio, en soledad.

## **La despedida**

*«Adiós, hijo, ya no nos volveremos a ver.»  
(De una carta de mi padre.)*

Como el olvido es malo, nunca olvido;  
han pasado estos años... Ahora veo  
que es necesario hablar de despedirnos,  
de un documento extraño que se firma  
para dejar de ver a los que amamos.

A solas pienso:  
«esto tan ancho sé que no es el mundo,  
ni esta sed, este silencio;  
la gran apuesta, la esperanza .  
de la victoria —entre pared y pared—  
tampoco».

A todo esto, padre,  
verás cómo no puedo despedirme.  
La vida es la noticia que no se puede olvidar  
más fácilmente;  
verás cómo no puedo decir nada.  
Vivir, seguir  
esta perdida apuesta es lo que importa  
aunque estemos en medio de la calle  
sin nada que vender ni que ponernos.

(Entre las cosas viejas de la casa,  
tu tapabocas roto, tu boina,  
ropas tuyas  
tan cargadas de tiempo; y aquella carta  
que pareciera cursi si no fuera  
porque es tan de verdad.) A todo esto...

«Hay que ser generosos,  
los demás están solos; necesitan  
que alguien se ocupe de ellos  
porque el amor más mínimo les falta;  
amamos poco al hombre», tú me dices.  
Leo tu carta pensando  
que siempre he sido un torpe y que no he visto  
cómo eras tú hasta ahora que me faltas.  
Aquellos ojos en mis ojos, música  
entre los dos, y aquellas manos,  
no los pude apreciar porque hasta entonces  
vivíamos sin un luto.

Bien recuerdo las cosas:  
si íbamos a comer, estaba madre  
atareada y fuerte entre nosotros;  
bien lo estoy recordando...  
Nos iba así la vida y yo era un niño  
en libertad en las calles de su pueblo  
que mirando a su abuelo pensó en Dios.

No amamos bien al hombre.  
Recordando aquel pan y aquella cárcel,  
viéndote emocionado,  
fiado en la verdad, claro, indefenso,  
he vuelto a deshacer la despedida  
para que ser tu hijo sea decirte  
que no estás sin amor.

No me despido.  
La temblorosa rúbrica de irse  
hoy la recojo de tus manos, padre;  
que no te olvido en la desgracia, no.  
Sostenme,  
sepa tu corazón, si ahora me escuchas,  
que eres más bueno cada vez y que amo  
la pequeña limosna de mi vida  
antes de despedirnos para siempre.

## **Ocaso**

El hombre hacia el Ocaso es una hoguera  
que el viento —el tiempo en crines extendidas—  
arrastra a galopar lejos, sin bridas,  
como un caballo oscuro, a la carrera.

Como una oculta nave timonera  
repta sus aguas. No sabe qué heridas  
le duelen más, qué muertes ni qué vidas,  
sólo como una piedra de cantera.

Lleva un trozo de amor deshilachado  
en los bolsillos, sueña el ciego anhelo  
de encomendar a un hijo esta aventura.

A veces es un perro apaleado  
que arrastra su dolor, pegado al suelo,  
oliendo ya su propia sepultura.